

Ropa vieja

Víctor Pliego

ASPIRAMOS, como Fausto, a la eterna juventud. La vejez está mal vista, pero ha conquistado un inesperado lugar en la moda. Algunas prendas, tales como cazadoras o pantalones vaqueros, se venden artificialmente envejecidas. La vejez ficticia sí es tolerable. No solo tiene éxito la arruga, sino también el roto, el desgarrón, el zurcido y el remiendo. Pero claro, no son desaliños accidentales, sino firmados por algún famoso diseñador. Tales artificios podrían parecer una invitación a reciclar el ropero, pero en realidad son una clara llamada al consumismo desaforado.

Las prendas pasan de moda tan rápidamente que no tienen tiempo para cumplir su ciclo vital, para envejecer naturalmente. Antes de que eso ocurra, habrá que tirarlas y comprar otras, para que las fábricas de esclavos, ocultas en algún recóndito país, sigan funcionando, para que las firmas sigan ganando y para que, en definitiva, la máquina no deje de girar. Es una cruel ironía que los más elegantes copien a los indigentes, que llevan ropa vieja, sucia y remendada porque no tienen otra. Son como aquellas marquesas empeñadas en disfrazarse de pastorcillas, hasta que sus cabezas rodaron. Para mi sorpresa, hace poco observé a un hortelano faenando con un vaquero de Armani (seguramente falso).

Sólo reciclan ropa los menesterosos; nuestros jóvenes la consumen como cualquier otro producto perecedero, a velocidad de vértigo. No limpian sus zapatillas, sino que las decoran con restos pringosos de su trasiego hasta que se compran otras; no cosen los bajos de sus pantalones, sino que los restriegan por todos los caminos del mundo hasta su desintegración. Vivimos en un mundo de usar y tirar. La vejez empieza a ser un asunto de cosmética.